

Maestros de la Juventud

Estamos de parabienes. Ha llegado el maestro de la juventud.

Pero, ¿es que no teníamos ya en casa su sombrero, su bigote y su bastón? Sí y no, como dicen los periodistas intelectuales.

Entonces?
Hay dos maestros de la juventud; el otro es José Vasconcelos. Cuando en las crónicas se habla de ellos, suele consignarse primero al mejicano, por razones de cortesía internacional y porque la lengua lo hace parecer mejor que el argentino.

Pero ahora está cerca, con su enorme bagaje de inquietudes espirituales, como dice "Crítica". Ello va a permitirnos saber cuál de los dos maestros es el mejor.

Al pisar la planchada, dijo el maestro mejicano:

"La Argentina es la definición del destino de nuestra América. Su misión, por lo mismo, es imperiosa e inaplazable: tiene que dar rumbos a una raza."

Es una lástima, pero el maestro se equivoca. La misión de la Argentina, y demás países latinoamericanos, es liberarse del yugo imperialista que prepara la guerra como solución de su crisis, y convertir la guerra de fronteras en guerra civil, volviendo las armas contra sus respectivas burguesías.

Como vemos, el enunciado nuestro es un poco diferente; pero no desespérennos. Volvamos al maestro.

Ahora habla de Roosevelt. Escucha, mos, ávidos de comprobar si este maestro de la juventud es mejor que el otro.

"En América tenemos, ahora, un ejemplo promisor: el de EE. UU. Roosevelt, sin palabras y sin sangre, ha realizado una revolución tal que alcanzará proyecciones trascendentales en el mundo. Roosevelt no es, sin embargo, un improvisador. Desde la jefatura del gobierno

del Estado de Nueva York, empezó sus batallas contra el capitalismo liberal... Roosevelt es, en América, el primer organizador del capitalismo de Estado."

Perdone, maestro, pero usted está hablando, ahora, en el lenguaje socialista del otro maestro de la juventud. El y sus compañeros de "La Vanguardia" también cantan loas al "experimento democrático del momento". Usted se refiere a la N.I.R.A., ¿verdad? Pues bien; con ella, Roosevelt organiza, no el capitalismo de Estado, sino la dictadura del capital financiero. En dos palabras: el fascismo.

No podía faltar en un "socialista", aún maestro de la juventud, la obligada salida de tono respecto a la Unión Soviética. Y si en sus argumentos, el maestro no acusa rasgos diferenciales del colega argentino, en el procedimiento de ataque se valió de un medio particular. Elogia, como hemos visto, el "experimento democrático de Roosevelt", pero reprocha al comunismo "el endiosamiento de la máquina y de la técnica" que la Unión Soviética — dice — copia de Estados Unidos.

Pues bien, maestro; usted se equivoca una vez más: el comunismo no endiosa la máquina ni la técnica. Nació en éstas después de la revolución que le hizo la burguesía al feudalismo. La triunfante burguesía creó ellas para dar a la industria un desarrollo extraordinario que, cuando fué desmesurado planteó a su autora las crisis de superproducción. La burguesía siente que termina su papel histórico, pero no quiere morir; en su agonía pretende detener a sus hijos, que se han vuelto contra ella. Y lo propicia hasta por medio de los filósofos a sueldo, tipo Spengler, con el pretexto de que ellas provocan la desocupación al sustraer al hombre en el trabajo. Pero la máquina y la técnica

son hallazgos humanos que no pueden desaparecer; ellas sepultarán a su autora — la burguesía — y progresarán aún más. La nueva clase que se apresta a tomar el poder — el proletariado — hará uso de ellas sin peligro, porque producirá lo necesario para la vida común y no para mercar.

El comunismo no endiosa la máquina ni la técnica. Las toma como una herencia del progreso humano para explotárselas con tino.

El maestro toca el tema de Méjico. En buena hora, pues estamos algo desilusionados. No podemos creer que este maestro no sea mejor que el nuestro. Ha hablado hasta aquí de varias cosas; ahora hablará de lo que sabe. Oigámosle: "El campesino mejicano no es comunista. Lo que quiere es un pedazo de tierra que sea suya... Nuestros campesinos quieren ser 'kulaks' y no comunistas, porque en Méjico el comunismo sólo puede significar barbarie."

Esto es ya demasiado. Comprendemos nuestro atrovimiento, pero no resistimos la tentación de corregir por última vez al maestro. Y en un tono más vivo.

Si hay un pueblo que conozca al imperialismo yankee, maestro, es su pueblo mejicano. Tiene una experiencia cruenta. Son ya más de cincuenta años de lucha desesperada contra la voracidad de su vecino, que se anexó ladronamente la tercera parte del territorio, pagó a los caudillos asesinos la entrega del petróleo y fomentó solapadamente las guerras civiles cada vez que quiso llevarse algo. ¿Cómo, entonces, el campesino mejicano no ha de desear trabajar para sí alguna vez? Pero el nativo sabe que su vecino no abandona la presa, así como así. Y que lo único mutable son los mayordomos caudillos de los yankees. Sabe que el primer paso para la liberación de su país semicolonial, es la revolución agraria.

Un pueblo de esa extraordinaria combatividad, que conoce como nadie al yankee, mal puede ilusionarse de pronto con la posesión de la tierra, sin haber cambiado la situación de dependencia al imperialismo.

El maestro conoce a su país, lo suponemos. Sin embargo, cuando habla de él no tiene una sola palabra de condena para su vecino rapaz. Y prefiere empobrecer la admirable capacidad de lucha del nativo, disminuyéndolo al través de una simplista y blanda aspiración por llegar a "kulak".

Por último, eso de que el comunismo en Méjico sólo puede significar barbarie, es la mejor demostración de que el maestro se ha vendido al imperialismo. El conoce lo que es la barbarie caudillesca, pagada por los yankees, por haberla visto. ¿Cómo puede calificar, entonces, de barbarie, la obra de educación política y orientación que con gran resonancia allí realiza el Partido Comunista para preparar la revolución agraria?

Es que él también es un caudillo; filósofo y caudillo, como dice el título de un ensayo, publicado en "Crítica". Un caudillo intelectual de los que paga la burguesía con ministerios de Instrucción Pública, cátedras y demás, para desorientar a las masas. Mientáncamente podrá no caerle en gracia a algún tirano actual de Méjico; pero esto es transitorio. Los tiranos se renuevan y el imperialismo que sostiene a éstos, siempre queda.

Antes de doblar "Crítica 5a.", dirigimos, todavía, una mirada al retrato del "filósofo y caudillo", que ocupa el centro de la página. Y pensamos: "Realmente, este maestro no es mejor ni peor que el nuestro: es igual."

Ambos son maestros de la juventud.

Proceso histórico del fascismo (continuación)

hace su historia y que sus fines son limitados a sus aspiraciones. Los líderes dan expresión anticapitalista reaccionaria a sus directivas. La masa ve y oye cómo se ataca al capital. ¿Cuál? El usurario, el comercial. La masa pequeño-burguesa, siempre fluctuante, cree que la solución está en esa visión simplista. Pero no vé, al capital industrial, al bancario monopolizador, al verdadero capital, que permanece intocado. El anticapitalismo, es una concesión que hace el fascismo como simple medio de conquista de las masas obreras, antes de la toma del poder, y que luego larga como lastre inútil.

Prácticamente, la experiencia italiana mostró cómo fué utilizado al comienzo para engañar a las masas y en la Alemania, la derivación judía que se le dio y que trajo consecuencias imprevistas por lo eficaces, en la vida comercial internacional de Alemania.

Este primario, aspecto de autonomía que tienen los cuadros fascistas, desaparece en cuanto entra a la ofensiva y se transforma en claro instrumento del gran capital. Entonces su contenido deviene absolutamente consecuente. Deja los sedicentes postulados anticapitalistas y mantiene sus dos aspectos definidos: su nacionalismo exacerbado y su tendencia antiproletaria.

¿Por qué es nacionalista el fascismo? La pequeña burguesía urbana y campesina no aspira a dejar de serlo; es decir no anhela cambiar la estructura social, sino asegurar su existencia como clase, con esperanza de mejorar hacia la gran burguesía. Se identifica y defiende del régimen burgués que es el que condiciona su existencia y estructura su mentalidad. Deviene revolucionaria sólo cuando es empobrecida y desalojada. Mas nunca llega a ser auténticamente proletaria cuando se desclasa.

La patria es: las instituciones que se dan en un tiempo y espacio histórico determinados. Es las superestructuras y el engranaje de un sistema social dado. La clase identificada con toda esa organización, la defiende, porque se defiende a sí misma. La patria, es la clase que usufructúa esas estructuras; cuando lucha por la patria, está defendiendo sus intereses y sus aspiraciones.

El fascismo es nacionalista porque es expresión neta de clase dominante. Tienen a mantener lo existente que se desmorona: la estructura burguesa de la sociedad. Al defender la PATRIA, la clase media defiende su porvenir como clase, que quiere progresar a costa de los que no tienen patria: los proletarios.

El nacionalismo es exacerbado porque el fascismo surge en un preciso momento histórico cuando la presión y la competencia internacional agobian los países; cuando las grandes burguesías nacionales intentan eliminar la competencia con el nacionismo económico cuya expresión neta es la autarquía. Se desplaza, entonces, la responsabilidad de la crisis hacia el extranjero. El capitalismo nacional se hace aparecer, de este modo, como la víctima de la voracidad internacional.

Pero donde adquiere más exacerbación es por el sentido antiproletario del fascismo. El proletariado no ama la patria, porque la concreción histórica que la simboliza, no está identificada con él ni responde a sus aspiraciones. Es al contrario el instrumento de coerción de las clases dominantes. Por ello el proletariado es internacional e internacionalista. Sus vistas no son a una patria sino a la humanidad. La tendencia antiproletaria está enraizada en la estructura misma del fascismo. Reacción organizada, integral para asegurar la supervivencia del capitalismo monopolizador, el contenido antiproletario es lógica consecuencia. Lo so-

cial no es nada más que el afloramiento de las raíces económicas.

Además, el nacionalismo exacerbado, que encuentra un campo propicio en la incertidumbre de la clase media, sirve como preparación psicológica de la salida única que ve el capitalismo: la guerra. Por ello justamente, el fascismo de fin de estabilización capitalista, cuando han fallado todas las esperanzas de una salvación por "coyuntura", es un instrumento provocador, que actúa en el momento internacional sin ninguna preocupación diplomática.

LA DOCTRINA FASCISTA—

El fascismo ha querido darse una justificación de doctrina. Desde los primeros años de su desenvolvimiento se dijo mucho, alrededor de ciertos contenidos marxistas. Aún ahora se sostiene que el Fascismo arrancó su experiencia de la doctrina materialista que de la Historia, desarrollara Marx.

A simple vista, el hecho de que el fascismo tuviera problemas y puntos económicos en sus programas, pudo tal vez engañar a los poseedores de una incipiente cultura marxista. La sociología que justifica al fascismo no la ha creado el tampoco; solamente ha asimilado lo ya hecho en el campo de la sociología burguesa.

Toda la corriente positivista, con Comte y Spencer a la cabeza y más tarde el neo-positivismo con Duguit y Durkheim como jefes, concibe a la sociedad como un todo orgánico, con sus correspondientes estados normales y patológicos y sus desviaciones monstruosas. Abundan las comparaciones entre los agregados sociales y los organismos vivos.

¿A qué lleva esa concepción? A plantear lo "normal", lo "natural", de la

constitución social presente. Ello conduce a admitir su "necesidad de existencia", a su justificación definitiva. Lo "anormal" es luchar contra esa sociedad y la lucha de clases, la guerra entre el capital y el trabajo, son formas "patológicas", que el sociólogo positivista se encarga de extirpar dando su receta: ¿cómo? Colaboración de clases, a base de solidaridad entre el capital y el productor.

Si los "desórdenes sociales" son morbidos, la sociedad debe extirparlos. Para ello Durkheim propuso la solución de las corporaciones, es decir, disciplinar las relaciones económicas, encajándolas en cuadros jerárquicos, sujetas a la autoridad única del Estado. De esa manera, el sociólogo de la burguesía, creaba un organismo que aproximase a patrones, empleados y obreros, fijando las relaciones mutuas y aboliendo su "estado de guerra". La organización sindical de los trabajadores, fué combatida por esos ideólogos de la colaboración de clase, porque acentuaba y definía el estado de "guerra social" y porque no eran engranaje de simple producción.

Durante años la burguesía y la social democracia revisionista se amamantaron con ese neo-positivismo; luego sirvió para nutrir al fascismo que surgía en un instante de aguda guerra de clases y que puesto en la tarea de dirigir la sociedad, aplicó lo que en realidad es la médula del pensamiento sociológico reaccionario. Los principios de la corporación significan el sometimiento del productor, del profesional de todas las categorías a la autoridad monstruosa de un Estado, que no es el resultado de la delegación de las corporaciones, sino de elementos que cumplen las aspiraciones de la clase capitalista, financiera, industrial y agraria. La corporación dentro del régimen fascista

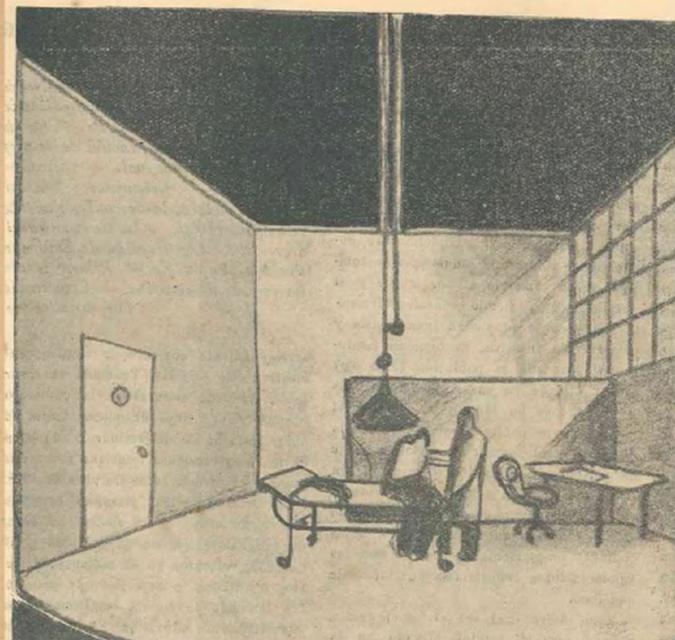
(Continúa en la pág. 18)

TEATRO PROLETARIO

"LOS HOMBRES GRISES"

El Teatro Proletario activa con entusiasmo los ensayos de su próximo estreno, que subirá a escena dentro de pocos días.

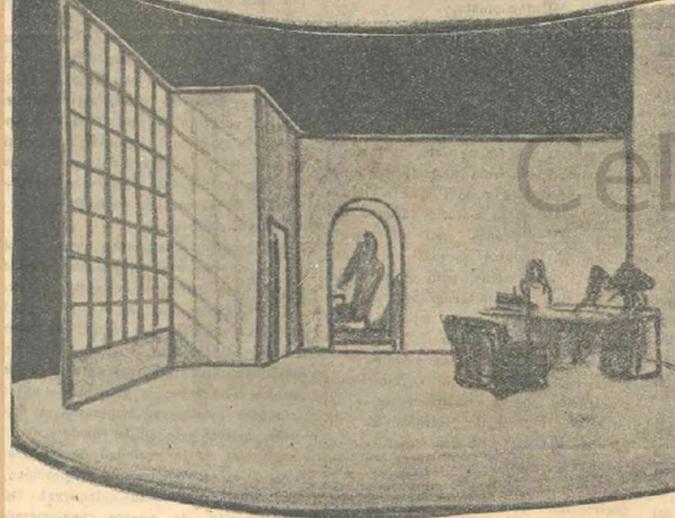
"Los hombres Grises", es una obra que ha sido definida como "acción dramática", en un prólogo y tres jornadas, divididas en 13 cuadros. Martín Plavín, su autor, trata en ella el problema judicial y carcelario. No como una estéril pintura de ambiente, limitación



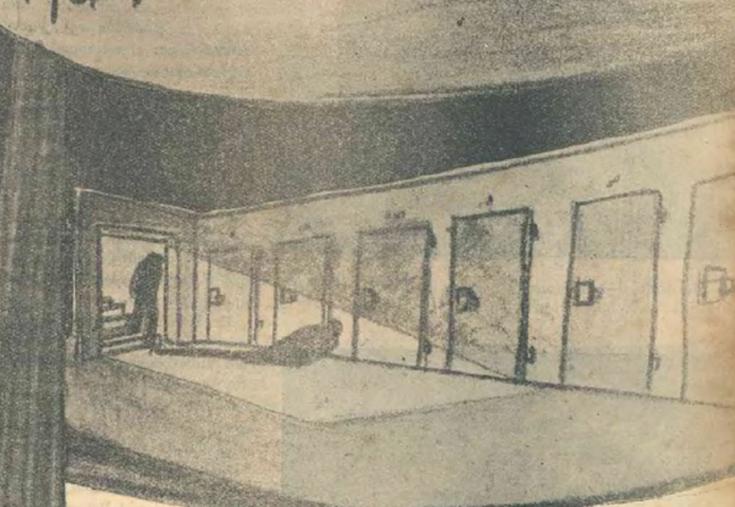
2º cuadro. — El taller de cáñamo. Los penados trabajan

1er. cuadro. — El laboratorio del penal. R. Graham y el Dr. Rine-wielf.

5º Cuadro. — Una celda larga y estrecha. Un globo de luz cuelga del techo. En la pared del frente, hay dos bancos.



3er. cuadro. — El comedor. — La escena es la misma del Cuadro segundo. Junto a las bolas de cáñamo se han dispuesto dos mesas estrechas y muy largas. En el centro, una mesita con un gran caldero y muchos panes.



8º cuadro. — El pasillo de los calabozos y de las celdas de castigo.

9º cuadro. — El patio de la prisión. Una pared de granito, los ángulos están oscuros. En uno de ellos una puerta invisible.